

HOMENAJE A SANTANDER



Teniente Coronel
LUIS ALBERTO ANDRADE ANAYA

Honorables miembros de la Academia Colombiana de Historia, distinguidísimos representantes de las misiones diplomáticas, señores oficiales, señoras, señores:

Estas fechas del año son pródigas en hechos memorables cuyo significado marca los puntos culminantes de nuestra historia nacional.

Ayer fue el grito valeroso de la Independencia; el 24 de Julio el aniver-

sario del fatalicio del Libertador; el 25 la carga desesperada del Pantano de Vargas y un poco más tarde la jornada inmortal de Boyacá.

Es como si deliberadamente hubieran querido agruparse para obligarnos a que en su invocación aniversaria comprendamos mejor la lección inagotable de su ejemplo y reafirmemos nuestra certidumbre en los destinos superiores de la Patria.

Hace 150 años en la Historia, en una tarde bronceada como esta característica de los Andes, se cumplió en Boyacá la hazaña más trascendental de la Independencia de Colombia y de América. Quienes asistieron a ella inflamados por el espíritu de la nueva Patria proyectan su figura y su nobilísimo ejemplo sobre los tiempos que han transcurrido y llegan hasta las puertas de nuestra generación para golpear en su conciencia y urgirla y despertarla al sentimiento de la Unidad Nacional, íntima, cohesionada, aglutinada y fuerte.

De entre esas figuras sobresalientes en la magna epopeya se destaca, en esta fecha de tan gratas recordaciones, la del joven general de División Don Francisco de Paula Santander como el organizador de la victoria. Allí está él en esta tarde memorable comandando los destacamentos de la Vanguardia que con tanto celo como afortunada previsión había creado y organizado e instruido en las pampas caliginosas del oriente neogranadino.

Y es por eso por lo que esta es la hora culminante de su carrera, que empezó con el primer aliento de la



revolución y que aquí encuentra su punto máximo porque corona la sublime ambición de su vida que fue ver a su tierra nutricia, victoriosa al fin, y libre en el concierto de los pueblos.

Ninguno de los actos anteriores o posteriores de su fecunda vitalidad puede encerrar un más profundo significado y una más enternecedora herencia. Porque allí en el Puente Heroico se consiguió el objetivo tan largamente acariciado por él y tan penosamente arrebatado a la naturaleza y a los hombres. Antes de allí el suyo fue un peregrinaje doloroso de desengaños, de incomprendimientos, de experiencias, de derrotas en los campos de la guerra, aunque nunca de abatimientos, de flaquezas o de desmayos. Y esa fe y esa mística incomparables, inspiradas por él, son las que hicieron el milagro portentoso y casi inimaginable de que las montoneras arrebatadas ganaran las batallas y fueran a partir de este momento como vagabundos sublimes de la gloria clavando tricolores sobre los picos de los Andes de América.

Lo que siguió después aunque tiene las dimensiones de una obra monumental como fue la de la organización civil de la República debió significarle y depararle al hombre y al soldado pocos satisfacciones como quiera que la gloria alcanzada en las jornadas épicas no podía empañarse ni menguarse o por la maledicencia o por la envidia o por la pugnacidad de una lucha que ya no tenía las

mismas características de la batalla heroica.

Santander descuella pues, en este 7 de Agosto memorable como la figura más recia y más extraordinaria entre los próceres neogranadinos de la magna gesta. Su dinamismo, su fe, su prodigiosa actividad, su capacidad para la lucha en cualquier medio, aún el más adverso, le permitieron escapar del patíbulo, derrotar al final al adversario y construir la Patria.

La generación que hizo posible la Revolución de Independencia perdió sus hombres más prominentes en la derrota de la primera República. Pero Santander no claudicó y no se detuvo y no se dejó sorprender por la cruenta represión de la reconquista. Aún derrotado se puso fuera del alcance del enemigo y se rehizo y sirvió a las órdenes de Bolívar y se organizó finalmente para realizar los combates que lo llevaron ininterrumpidamente de los triunfos parciales a la victoria final.

Por eso él es incuestionablemente, también la figura militar más sobresaliente de los nuestros. Y esta afirmación tiene tanto más significado si se considera que en la Campaña Libertadora que culminaba en esta fecha iban acompañándole la impetuosidad de Córdoba en trance de superación, la de Don Joaquín París Ricaurte, el carácter afirmativo de Don Antonio Obando, la audacia de un Juan José Reyes Patria o la bravura del socorrano Antonio María Durán.

Este enfoque de su personalidad lo coloca al lado de Bolívar el otro afortunado y sublime conductor de la epopeya y al lado de los jefes venezolanos que se formaron desde los tiempos de la guerra a muerte en las dilatadas planicies del Orinoco, en los Valles de Aragua o en el Apuré heroico. Y al lado también de los valerosos hijos de Albión, aventureros enamorados de las batallas, que eclipsada la gloria napoleónica vinieron a estas tierras para escribir su parrafada de leyenda en las páginas recién abiertas de la historia del Nuevo Mundo.

Pero nuestro, auténticamente colombiano o mejor neograndino, es Santander el que fulge con luz propia y el que descuella por su brillante personalidad y por su recia contextura de jefe militar, de conductor político y de patriota eminente, por todos señalado como el Organizador de la Victoria y el Arquitecto de la República.

Al cumplirse el sesquicentenario de la batalla que culminó la primera parte de su obra, está muy bien que lleguemos hasta este lugar que se consagra a la veneración y a la memoria del grande hombre, para meditar se-

renamente en el ejemplo de su patriotismo, de su desprendimiento casi sin límites y de su entrega absoluta y devota a los más caros y más ciertos intereses de la nacionalidad.

Y al rendirle el homenaje de las Fuerzas Armadas de Colombia debo decirle al Héroe que sus virtudes de soldado y sus dotes de conductor y jefe, siguen iluminando los derroteros de nuestra misión, nutriendo nuestra fe en los principios de su ideal y estimulando nuestra capacidad de acción para que la Patria que él fundó sea ciertamente grande.

Que pasarán las edades y los hombres pero que los soldados de la República estarán vigilando eternamente el monumento de su obra para que el brillo de su espada victoriosa ni desaparezca ni se desluzca.

Que hoy, como en los días gloriosos de la emancipación nos une la voluntad de ser y la certidumbre de que somos prolongación de sus cenizas y herencia de su esperanza y de su fe.

Y por último, que venimos a reafirmar aquí nuestra gratitud de patriotas y nuestra absoluta seguridad de que hemos entendido bien, con su ejemplo, lo que significa el título de soldados de Colombia.